

# Pequeña fuga

(a seis voces)

CRISTINA C. CIUDAD

**en el mar**  
editorial

Pequeña fuga (a seis voces)

Primera edición: julio de 2019  
Segunda edición: diciembre de 2019  
Tercera edición: noviembre de 2020

© Texto: Cristina C. Ciudad  
© Diseño cubiertas: Celia López Bacete  
Instagram: @celialopbac  
www.celialopezbacete.com  
© Ilustración: Silvia Herrero Abril  
© Maquetación y diseño interior: ediciones en el mar

ISBN—13: 978-84-120371-2-8  
Depósito legal: D.L. TO 847-2019  
Impreso en Madrid, España.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra.

## PRELUDIO

- ¿Por qué encierras tus pensamientos tras una “W”?
- Son las dos caras de una misma moneda.
- Pero te llamas Venus.
- Pero la “W” se puede plegar.
- Entonces es una “V” desplegada— concluye satisfecha.
- ¿Por qué buscas la lógica? Ojalá leyeras los cuentos como los fanáticos leen la Biblia— le replico.
- Sólo... Intento descifrarte como un ateo leyendo la oscuridad— explica con esfuerzo.
- Venus es sólo un recipiente, y mis anotaciones un puñado de pensamientos pulidos.
- No es por cómo firmes tus anotaciones, estoy separando la obra del artista.
- Y dime, ¿no es la obra, en esencia, su artista?
- Depende. ¿El artista puede distanciarse tanto de lo que es?
- Tienes razón, a veces queda irreconocible. Pero son las diferentes manifestaciones de un todo; el arte no olvida a su individuo.

## EXPOSICIÓN: DISPERSIÓN REFRACTIVA.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Siempre había pensado que lo que se refractaba, dando lugar a más de lo que ya es, era la luz. He pasado por alto que nosotros, los Dioses mortales para sí mismos, también lo somos. Reflejamos una luz tan brillante que siempre ciega al prójimo, o simplemente nos hace invisibles.

La lectura de fotones en mi cabeza da negativa y, aun así, me siento ahí dentro; sin embargo, lo único que tiene ocupada mi mente, por suerte, es el resultado de unos ingenieros aeronáuticos. En menos de catorce minutos van a lanzar el Falcon Heavy al espacio, el cohete de SpaceX que puede soportar cargas pesadas y llevarlas allí fuera.

Algo liberador para todos.

## ENTRADA 1: EL EPICENTRO DE LA INTROSPECCIÓN

*Cierra las puertas, Venus. No queda más.* Se suplica cada vez que una aguja se clava en los músculos de sus brazos y su torso.

El acuífero en el que se encuentra se inunda de un ácido que la adormila cada vez que deja de nadar. Sabe que al secarse dejaría de admitir más marea, pero no puede. Es el castigo incontrolable de poder conocer.

Mente y cuerpo, aguja y piel: estas profundidades no se hicieron para ser más profundas que flanqueadas, ni para vengar la ofensa que le sacó el ojo a la aguja. Puede que aun enhebrada crea a las dagas que tatúan la piel, pero así funciona la irremediablemente inmoral mentira del pensamiento.

El agua no está fría, el problema es que sólo hay agua.

Su barca no avanzaba así que ha tenido que empezar a nadar. Va a dejar de hacerlo, porque no ve tierra; hay una neblina que no la deja ver, sólo está mirando.

Al contraer su diafragma los músculos entre las costillas ascienden. Ahora se mantiene sobre el agua, por la tensión superficial, como una hoja de papel que flota sobre la incertidumbre de una fina línea translúcida. Flota, pero inmóvil no conseguirá salir de allí. Quizás el agua que la está arrugando sea la solución.

Es extraño que nadie más la oiga porque no es algo que rasgue la piel o drene sus órganos. Esto no es algo que no se pueda tocar. No. El problema es que la gente no sabe cómo acariciar hasta que somatices, hasta que sea tan tarde que ya hayas dejado de mirar.

Venus relaja su diafragma, descienden las costillas con el oleaje de su respiración.

Pierde el contacto con el aire, abandona la brújula que quedaba en su orientación; se hunde, ahí arriba sólo hay piedra sin pulir. Se levanta, ahí abajo únicamente hay oasis seco. Entonces pierde algo, y es normal, no lo conoce. Tampoco es que el tiempo la conozca a ella.

Ahora puede sentir la tierra que quiere ahogarla en su silencio para salir, pero Venus no puede luchar por el desgarró. Así que acaba sintiendo a las amatistas que despedazan el tejido de la verdad como perlas.

Ha dejado de tenerle miedo a la máscara de la oveja, y ha dejado de sentirlo porque el enmascarado común sólo era una cara en blanco.

El reverso de su piel porta con algo más de hierro, agrietado a veces, y no dejará respirar sin fracturas.

Venus mira hacia sus pies, hacia los afilados cordones de las botas que levitan bajo el agua: tienen una lazada pulcra pero apretada. Una voz resuena en su cabeza pidiendo que no los mire, que mire a las estrellas, pero ese tintineo pronto se disuelve.

El agua está ya tan oscura que no se distingue el fondo, pero al menos sus brazos no tienen que soportar la seca presión de la gravedad.

Entonces, previsible y casi inevitable, una mano tan pálida como la niebla que venda los ojos de Venus agarra su brazo y estira de su cuerpo.

Se encuentra en la superficie de nuevo, pero la mano que emergía con ella no la sostiene aquí fuera. Su cuerpo vuelve a hundirse y, esa mano, vuelve a estirar de su hierático cuerpo.

—Abre los ojos, Venus. No podrás salir de aquí muriendo, aún no— confiesa aquella persona, si es que era una

persona, en un suspiro casi inaudible—. Si no despiertas yo tampoco podré hacerlo—. Insiste en un grácil soplando que, ahora, arrastra al ácido del acuífero.

Venus se da cuenta de que el extraño ha dejado de estirar de su cuerpo para estirar de su alma, así que hace el esfuerzo por combatir contra unos ojos cansados y los abre, levemente, para ver otros apagados ojos que la miran expectantes.

La presión vence de nuevo, y ahora siente cómo ese alguien la levanta hasta su cuerpo. La náufraga simplemente tiritita con la cara enterrada en aquel cuello, pero no es ella quien tiene frío.

Hace rato que dejó de mirar la niebla sin el rubor, pero está viva. Vive gracias a esas vaporosas pupilas que tiemblan sin descanso. Venus puede ver, aunque sigue con los ojos sellados.

Lame sus labios, saben a sal. La madera diseccionada huele a alcohol, pero creo que es así como, por ahora, sobrevive el serrín.

**W.**



## ENTRADA 2: AZUL

Venus despierta en su cama, en su habitación, como siempre; estira de sus huesos y se levanta.

Un hombre está escuchando las noticias de la radio en la cocina y una mujer se encuentra a su lado abriendo cartas. Él no presta atención al ruido, al bombardeo tan lejano que se retransmite a kilómetros y kilómetros de ultramar. Claro, las bombas están tan lejos de ellos que apenas se siente el temblor. Aunque no es de extrañar. Apenas se siente un rumor que los arroje, y se supone que este es su hogar.

—El banco nos ha mandado otra carta de amor— dice la mujer, tan tensa, que corta.

Mientras el lobo lee los poemas del banquero, y la oveja ignora aquella clara proposición de amor aturdido por un ruido que no escucha, Venus visualiza a alguien más.

Parado en la entrada de la cocina hay un niño en los huesos, con cabellos tan negros como el temor que

estira desde su estómago; viste un pequeño traje militar y algo de tela roja sobresale de su bolsillo derecho.

Para Venus es desconcertante poder visualizar el color rojo porque tiene acromatopsia, porque sus escalas de colores se limitaban a las distintas tonalidades del gris. Ahora, el rojo es el único destello que la unía a su muerto plano visual.

Venus siente aún más frío e inconscientemente guarda el negro mechero de la encimera en su bolsillo. Vuelve a mirar, la puerta está desierta. Sale de la cocina hasta llegar al pasillo y allí permanece el militar, con un color grisáceo brotando en las raíces de su cabello, el mismo plateado que pinta el de Venus.

—Venus— se presenta ella ofreciéndole la mano.

—Venus es muy brillante —menciona aceptando la mano entre su guante negro— es dextrógiro, contrario al movimiento de los demás.

—Es mi nombre— le aclara creyendo que se refiere al planeta.

—Lo sé— responde mientras la mira sosegado—, soy quien comenzó por arrastrarte de tus tinieblas— se presenta a su vez con voz gélida pero tan fina como la de cualquier niño.

—Lo sé— responde igual de tranquila, pero sin creerse su propia afirmación. En el fondo, Venus sabía que esa mirada no era tan fácil de imitar.

—¿Por qué? — Cuestiona cauta ante la curiosidad que mató a alguien.

—¿Por qué debería haberte dejado ahí hundida? — pregunta indagando al igual que el gato con nombre de planeta.

—Porque un humano no suele ayudar a otro si ve que tiene el riesgo de morir.

—Porque es absurdo despreciar tu vida por otra que, al fin y al cabo, morirá con los años— alega irónicamente, ausente de inocencia—. Además, ¿quién te ha dicho que

soy humano? —para un momento y se corrige—. ¿Quién te ha dicho que somos humanos?

Suelta la mano de Venus, que aún sostenía, y rápidamente redirige el camino de la conversación.

—Me llamo Al— dice torpemente con un extraño, y repentino, nerviosismo en la voz.

—¿Es un diminutivo? —curioseosa extrañada por la trémula voz del pequeño.

—Sólo Al, por favor.

—¿Entonces no eres humano? —balbucea Venus sin incluirse.

—Soy general. Era. Eso ahora ya no importa. Pero me temo que alguien capaz de matar no puede poseer la humanidad que debería definirnos.

—¿No eres muy joven para ser general? —señala más animada.

—En una batalla donde hay más vidas para matar que munición para defenderse poco importa la edad. Y, aun así, es como si todos a mi alrededor siempre hubieran sostenido un arma descargada y yo fuera el único con provisión —le explica con un nudo en la garganta—. La lucha comienza en uno, los lamentos los pagamos todos; la guerra, comúnmente, siempre empieza en casa.

Su curiosidad se esfumaba como la última burbuja de efervescencia que intenta oponerse a la libertad de su estallido. Ella quería saber más sobre el recorrido de este joven soldado.

—¿De dónde viene la tela? — demanda Venus señalando su bolsillo.

—Es una corta historia. Algún día te la contaré, ni siquiera sabes mi nombre— indica molesto.

Venus sabe que Al nunca le revelaría su verdadero nombre. No estaba muy segura de que ni él lo supiera. ¿Lo único que sabía con certeza? Ambos tenían demasiado miedo. **W**.